

¡Cuánta gloria, mancebo, te acarrea
hazaña digna del sangriento Marte!
¡Cuán terrible es el Dios en la pelea!

Bien lo sabes, a fe; que en una parte
si tu ejército vence, derrotado
es en otra, y huyendo se reparte.

Del estrecho escuadrón que avanza osado
a la hueste enemiga, pocos mueren,
y muriendo a los suyos han salvado.

Aquellos que en la lid no resistieren
hostil encuentro, tímidos varones,
una afrentosa esclavitud prefieren.

Guerreros, agotando sus razones,
¿quién bastará a decir el gran tormento
del que sufre la infamia y los baldones?

¡Miserable joven, al fatal momento
que huyere del combate! ya le alcanza,
le hiere por detrás hierro violento.

Cadáver en el polvo, mientras avanza
orgullosa el contrario, infame queda,
rota la espalda al bote de la lanza.

No, que ignominia tal no te suceda.
Da un paso, y ¡firme! Clávate en el suelo,
muérdete el labio, y tu furor no ceda.

Aguarda el duro choque sin recelo:
un ancho y grueso escudo te defiende;
que de los dardos para el raudo vuelo.

Pero la diestra mano es la que ofende;
blande tu lanza, y el penacho altivo
sacude, y corre, y las falanges hiende.

Con señalados hechos en el vivo
combate se acredita el buen guerrero,
y entre los dardos discurriendo activo.

Llega a las manos y descarga fiero
sobre algún enemigo el ancha espada,
y a tu campo lo lleva prisionero.

O bien, la lucha singular trabada,
oponle pies a pies, escudo a escudo,
y tu fuerte celada a su celada.

Y estréchate a su pecho, y del membrudo
brazo su lanza desprender procura,
o cógele del pomo el hierro agudo.

Mas antes guarde formación segura
todo escuadrón: de escudos guarecido
el de ligera y fácil armadura,

y a la nube de piedras escondido
dardos sin fin al enemigo aseste;
y siempre amparador y protegido,
esté detrás de la pesada hueste.

CANTO III

No el de robustos pies, que la victoria
consiga en el luchar, nombrado sea,
ni de él se haga la menor memoria;

así tenga la talla Ciclopea,
y el muscular poder; así delante
del Aquilón corriendo se le vea;

así más bello el juvenil semblante
nos muestre que Titón, y su tesoro
al del avaro Midas se adelante.

Si es tan dulce en su acento y tan sonoro
como Adrasto, y cual Pélope si alcanza
tanto regio poder, tanto decoro,

si el más glorioso fuere, mi alabanza
no entre los hombres llevará primero,
como le falte la marcial pujanza.

La lleve el impertérrito guerrero
que se arroja valiente al enemigo,
ni en medio tiembla del estrago fiero.

Esto es valor; en el valor te digo
que el alto premio está de los varones,
y el valor es del joven más amigo.

¡A tu cara ciudad qué lauro pone
a combatir impávido saliendo
en los primeros fuertes escuadrones!

Si en tu puesto clavado, conociendo
no haber infamia que a la fuga iguale,
grata ofrenda del alma estás haciendo;

si tu ardor entre todos sobresale;
si animas a morir al de tu lado,
tú eres el hombre que en batallas vale.

Parte, corre veloz al erizado
enemigo escuadrón, rómpelo, y sigue,
y atraviesa de dardos el nublado.

Caerás, caíste; ¡oh gloria!, así consigue
la patria honor, el padre gran renombre
que el pesar de tu pérdida mitigue.

¿Y quién habrá que sin dolor te nombre?
¿Quién tu pecho verá, y el ancho escudo
pasado en partes mil, que no asombre?

Lágrimas dan en su lamento agudo
joven y anciano; la ciudad entera
al grave duelo resistir no pudo.

Tu envanecida tumba se venera,
tus hijos, y tus nietos, tu linaje,
ilustres son hasta la edad postrera.

Que no el tiempo voraz con impío ultraje
acabará tu nombre, aunque inclemente
contra tu cuerpo sin cesar trabaje.

No muere, no, la fama del valiente
que a mano de Mavorte en la pelea
víctima ha sido de su arrojo ardiente.

Mas del hado de muerte libre sea,
y en la lid arebate la victoria,

y vivo, y salvo, y triunfador se vea:

Aquí ya empieza su eternal memoria;
hónralo el joven, hónralo el anciano,
pasa la vida en deliciosa gloria.

Y, ya la barba y el cabello cano,
pleito ninguno habrá, y acatamiento
verá en su pueblo el alto ciudadano.

Y todos, cuando llegue, de su asiento
se alzarán, y el anciano cariñoso
el puesto suyo cederá al momento.

Ora es el tiempo, joven valeroso,
ora es el tiempo que tu ardor se avive:
quien a tan grande gloria aspire ansioso,
vista sus armas y la lid no esquive.

ARQUILOCO

ODAS

I ✓

SOBRE LA FORTALEZA

¿Por qué te das tormento
con ásperos cuidados? Cobra, amigo,
cobra vigor y aliento;
y opón, como te digo,
a la desgracia y mal, pecho enemigo.

Entre las rudas lanzas
del contrario feroz, mantente osado,
sin miedo ni mudanza;
y ni el triunfo logrado
aplaudadas en extremo alborozado.

Ni si te ves vencido,
en casa reclinado des al lloro
el ánimo afligido;
y alegre, con decoro
de los que dignos son, aumenta el coro.

Pero con los malvados
no te contristes nunca en demasía;

y de los desgraciados
hombres, más cada día
conoce la infelice suerte impía.

ALCEO

EL DESEO ✓

¡Oh si mi lira fuera
de marfil fabricada,
y si al coro de Baco me llevase
una tropa ligera
de jóvenes formada,
y todo mi semblante relumbrase,
y hermoso se ostentase
cual oro no tocado,
y de una hermosa niña fuese amado!

DESCRIPCION DE UNA TEMPESTAD

De un lado una ola se levanta al cielo,
y otra del otro, con furor se eleva:
en negra nave su rigor nos lleva
en torno, y cubre de funesto velo.

Con gran fatiga y mísero recelo
su altiva furia nuestras fuerzas prueba:
hace que el vaso ya las ondas beba,
y el recto mástil le derriba al suelo.

Bramando horrible, el piélagó sañudo
las velas rompe, y las deshace airado
tal que desaparecerlas todas pudo.

Las áncoras del casco derrotado,
ya separadas, a su impulso rudo
se van huyendo por el mar salado.

AL BUEN CALLAR....

Si dijeres cuanto te viene en gana,
puede que tú mismo tengas que oír
lo que no te gustaría.

AUGURIOS POLITICOS

Este que trata de alcanzar la cumbre del poder, -
arruinará no tardando la ciudad. Pero ella tiene
la decisión en sus manos.

A la deriva

Juguete soy a merced del vendaval. Una de aquí y
otra de allí vienen rodando las olas. Y nosotros,
en medio, nos dejamos llevar, con la negra nave a
la deriva, violentamente zarandeados por la impo-
nente tempestad. El agua del mar invade la car--
linga. La vela entera desgarrada está ya, y cuel-
gan de ella enormes jirones. Crujen las maromas..

SAFO

Igual parece a los eternos dioses ✓
aquel que, cara a cara,
sentado frente a tí
escucha tu suave y dulce voz,
y ese reír encantador que, lo juro,
en mi pecho hace enloquecer el corazón.

Tan pronto como te veo
ningún sonido mis labios puede pronunciar.

Mi lengua se seca,
un fuego sutil corre, de pronto, bajo mi piel,
mis ojos ya no aciertan a ver
y zumban mis oídos.

Me empapo toda en sudor helado,
un estremecimiento me sacude entera;
amarilla me torno cual marchita yerba
y me parece que voy a morir.

CANTINELAS ✓

Amor, que el pecho mío
continuamente agita,
es dulce y es limpio,

y es más que una avecita
colátil y ligero.

¡Ay! de su dardo fiero,
¿quién consiguió victoria?

Renueva, amada mía,
renueva la memoria
de cuando Atis ardía,
tu dulce amor odiaba
y a Andrómeda estimaba.

De los verdes manzanos
en las frondosas cimas,
con estruendoso ruido
las aguas se deslizan,
las puras frescas aguas
que el peñasco destila;
el delicioso estruendo
de las hojas movidas
del apacible viento
suave sueño inspira,
y con Venus hermosa
soñaba que dormía;
mas de las altas ramas,
del viento sacudida,
una roja manzana
de mi sueño me priva.

Al Olimpo volara
si alitas yo tuviera,
cual cándida paloma,
y a Pafia la risueña
mis cuitas contara,
mis amorosas quejas,
y de allí a las alturas
de los montes viniera,
y enlazaran mis brazos
la causa de mi pena:
que el amor dulce amargo
con fiera violencia
mi corazón impele,
le arrebatara y le lleva,
cual viento impetuoso
arranca por las selvas
en los excelsos montes
a las encinas gruesas.

Esperio, luz hermoso
de Venus la rosada,
que los tiernos deseos
y enamoradas ansias
benigna satisfaces,
tú conduces a casa
el delicioso fruto
que las almas encanta,

el manchado rebaño
de las ligeras Cabras
y con su dulce madre
la niña que las guarda.

Amor bulle en mi pecho
y sin cesar voltea
mi corazón amante
y acá y allá le lleva;
mis miembros desenlaza
su poderosa diestra,
y en viéndome rendido
ya me desprecia y vuelva;
tiene sus lindas alas
cual ave, mas es fiera,
y dulce y apacible,
y de indomable fuerza.
Atis, de tu abandono
al crudo Amor te queja,
que en los ojos me abrasa
de Andrómeda la bella.

Las lucientes estrellas
cabe la bella Luna
de plateados rayos,
su clara luz ocultan,
cuando su faz descubre,

y muy más llena ilustra
de los alzados montes
las profundas honduras.

Con sus calzados de oro
sale la Aurora bella,
las atezadas sombras
al hondo mar ahuyenta.

PINDARO

✓ VANIDAD DE LA HUMANA SABIDURIA

¿Qué pensar de esta sabiduría que coloca a un hombre encima de otro hombre? Jamás este sabio, con su débil espíritu, logrará penetrar los desig-
nios de los dioses, puesto que ha nacido de una madre mortal.

DITIRAMBOS

PARA LA CELEBRACION DE LAS DIONISIÁCAS EN ATENAS

Oh dioses del Olimpo: bajad vuestros ojos - hasta este coro y enviadnos vuestros preciosos favores, vosotros que en la Atenas sagrada vivís en el centro de la ciudad, frecuentada por la muchedumbre, y donde humea el incienso, en la ilustre Agora que decoran todas las artes. Recibid estos ramos de violetas, estas flores primaverales; y a cambio de ello sonreíd al que, colmado de gloria, viene del santuario de Júpiter, para cantar ahora al dios coronado de hiedra, al que los mortales llaman Bromio y Eriboas, el hijo más poderoso de los Inmortales y de una mujer tebana. En Nemea, en la Argólida, el dios no deja de recoger los ramos nacientes de la palmera, cuando las Ho-

ras entreabren su seno y las plantas de savia divina sienten el aliento perfumado de la primavera; entonces las amables matas de violetas brotan en la tierra inmortal, entonces las rosas coronan nuestras cabezas, y el coro une su voz a los acantos de la flauta, para cantar a Semele, la de la frente ceñida con bandeletas...

HIPORQUEMAS

A HIERON

Comprende mis palabras, padre de las ceremonias sagradas que te han dado el nombre, oh fundador del Etna...

SOBRE UN ECLIPSE

Hallo Sol, cuyos rayos hacen arder el mundo, tú que das la vida a mis rápidas miradas, oh rey de los astros: ¿Por qué te ocultas durante el día? ¿Por qué interrumpes así los ejercicios del atleta ágil y los estudios del sabio, al lanzarte por el camino de las tinieblas? ¿Qué nuevos destinos vas a traernos? Por Júpiter, yo te conjuro, augusto dios, maravilla que el mundo entero adora: que tus corceles inmortales lleven hasta Tebas una felicidad sin igual. Pero, si nos presagias la guerra, o la destrucción de nuestras cosechas, o enormes